



REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

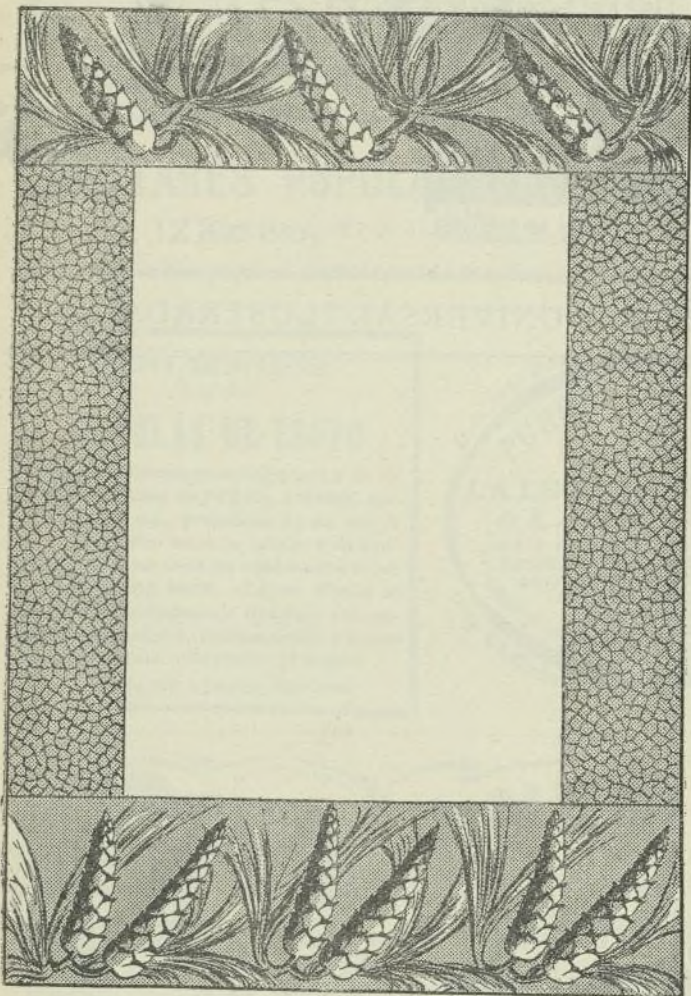


1 a 3.—Sombreros de entretiempo

SUMARIO

TEXTO. — Explicación de los suplementos. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — La mujer y el hogar. — La huérfana de Dordrecht, por M. Filiberto de Audeband (continuación). — Recetas culinarias.

GRABADOS. — 1 a 3. Sombreros de entretiempo. — 4. Cuadro de metal repujado, estaño y cobre. — 5. Delantales de fanta-



4.—Cuadro de metal repujado, estaño y cobre

sía para señora. — 6 a 10. Blusas y trajes de novedad. — 11 a 15. Trajes y blusas elegantes.
HOJA DE PATRONES NÚM. 801. — Varias prendas diferentes.
HOJA DE DIBUJOS NÚM. 801. — Diversos y variados dibujos.
FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de calle.

EXPLICACIÓN DE LOS SUPLEMENTOS

- I. HOJA DE PATRONES NÚM. 801. — Gabán para niño, delantal de fantasía, enaguas para niña y blusa para señora. — Véanse los grabados y explicaciones en la misma hoja.
2. HOJA DE DIBUJOS NÚM. 801. — Diversos y variados dibujos. — Véanse las explicaciones en la misma hoja.
3. FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de calle.
- I. Traje de charmeuse negra: falda plegada por delante y en forma a los lados. Cuello bordado de seda color de cobre y mangas y petito de encajes de Malinas. Sombrero de tafetán blanco, forrado de terciopelo negro.
- II. Traje de tafetán de hoja seca, túnica orlada de piel de mono, alto cinturón drapado y cuello y peto de encaje de Chantilly blanco. Sombrero de terciopelo con corona de plumas.
- III. Traje de tafetán azul. Larga túnica voleada, con incrustaciones de encaje de Chantilly negro, sobre muselina de seda azul del mismo tono. Sombrero de terciopelo negro adornado de una fantasía blanca.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

- 1 a 3. SOMBREROS DE ENTRETIEMPO.
- I. Pequeña toca de raso, guarnecida de geranios y de un penacho de fantasía prendido en el centro del delantero.
- II. Gran sombrero de tafetán negro, muy levantado, bordado de un ancho bias de raso, adornado de una pluma de fantasía colocada a un lado y sujeta por un broche de azabache.
- III. Canotier de raso blanco guarnecido de un penacho negro, colocado de lado en la parte de detrás.
4. CUADRO DE METAL REPUJADO DE ESTAÑO Y COBRE. Una idea decorativa interesantísima nos ha sugerido el pino por la aposición que forman sus finas agujas con los frutos grandes y pintorescos. Esta labor decorativa que hemos elegido se distingue por la elegancia de las piñas largas, prolonga-

das hasta formar molduras sobresalientes: nos proporciona una combinación de relieves de gran delicadeza y mucha originalidad, cuyo conjunto produce un bellísimo efecto.

Este cuadro se compone de dos tiras de estaño repujado y de dos montantes de cobre martillado, los cuales permitirán escoger a voluntad todas las dimensiones posibles, pues, con solo dar más o menos longitud a los montantes, bastará para formar el cuadro de la medida que se desee.

5. DELANTALES DE FANTASÍA PARA LAS DAMAS.

I. Delantal de hilo guarnecido de entredoses de bordado y de un volante fruncido al borde del delantal.

II. Delantal de hilo listado azul y blanco guarnecido de una tira lisa que rodea el escote y el delantero.

III. Delantal de linón guarnecido de un galón estampado.

IV. Delantal de tela de Vichy, formando punta por delante, y fruncido a una presilla en el delantero.

V. Delantal de tela a cuadros adornado, por el borde, de un volante fruncido y de galón de fantasía.

6 a 10. BLUSAS Y TRAJES DE NOVEDAD.

I. Blusa kimono de muselina estampada; cuello, chaleco y bocamangas de linón blanco, lazo y botones de raso negro.

II. Traje de niña, de seda listada azul y blanca, guarnecida de un galón bordado, en el escote, por el borde del vestido y en las mangas. Cinturón de piel blanca.

III. Traje de hechura de sastre, para señora, de tela esponja. Falda abierta por delante adornada de pliegues respunteados. Chaqueta abierta con cuello de terciopelo negro y bolsillos a los lados.

IV. Blusa de batista guarnecida de pliegues muy finos y botones de porcelana.

V. Traje de niña, de muselina color de rosa con túnica fruncida y guarnecida de tiras listadas de negro y blanco. Corbata regata de raso negro.

11 a 15. TRAJES Y BLUSAS ELEGANTES.

I. Blusa kimono de seda color de malva guarnecida de calados y de un rizado, fruncida al escote, de tul blanco.

II. Traje de niña, de sedita listada: falda formando canesú de paño blanco. Cuello y bocamangas de paño blanco.

III. Traje de estilo de sastre, para señora, de lana a cuadros: cuello, bocamangas y borde de la falda de lana lisa y chaleco de piqué blanco.

IV. Blusa de liberty color de paja adornada con pequeños calados y un cuello adecuado y botones de fantasía.

V. Traje de niña, de cachemira de seda color azul natter con mangas de tela esponja de color blanco, cinturón de piel de gamo blanco.

CRÓNICA DE LA MODA

«Hay una diosa inconstante, molesta, extraña por sus gustos, loca en cuanto a sus atavíos, que aparece, desaparece y vuelve en todas épocas; su padre era Proteo, Moda es su nombre.»

Así la califica Voltaire. En efecto, la moda es eterna, como las diosas. No conocemos a punto fijo los trucos que tal vez emplearon nuestros antepasados para drapear con gracia sus pieles de tigre y de oso; pero la historia de la antigua Grecia nos cita ya el nombre de Alcibíades como del héroe de la moda, del campeón de la elegancia. Plutarco nos cuenta que al pasear por calles y plazas arrastraba por el polvo la cola de sus vestiduras de púrpura. En la guerra no se sirvió del pesado escudo como sus compatriotas sino de otro de dimensiones más reducidas, incrustado de oro y realzado con la figura de Cupido. Su hermosura, su elegancia y sus excentricidades llegaron a ser proverbiales: fué el encanto de los snobs, que se afanaron en imitar su lenguaje y sus gestos. Aristófanes caracterizó la situación con la frase siguiente: «El pueblo ansía ver a Alcibíades, por más que le encuentre insoportable.»

Figura muy distinta es la de Petronio, el campeón romano, el «árbitro de la elegancia», como le llama Tácito. Dotado de agudo ingenio y de gusto irrepachable, disfrutó de los goces de la existencia con cierta superioridad de criterio, muy distinta de la insaciabilidad bestial de Nerón. En su obra «Satyricon» pinta con suma gracia y desenfado los vicios y costumbres de su época; algunos literatos consi-

deran esta novela como el primer «román á clef».

Pasando al siglo XVIII, a la época galante de Francia, los anales citan los nombres de Candale, de Lauzun, como los de los campeones de la elegancia. En los albores del siglo XIX se inventó la palabra *chic*, la voz nueva con que se designó la manera nueva de ser y de presentarse las personas de alta sociedad; voz corta, expresiva, improvisada, sin origen conocido, sin sentido definido, y que, sin embargo, expresa lo indefinible. Sobre la palabra *chic* se levantó la moda moderna, llegó a ser el ideal de los dandys, de los campeones de la elegancia del siglo, la norma para todos los tipos originales desde Gramont Caderousse hasta el duque de Sagán y el marqués de Anglesey.

Este último, nacido en el año 1875, se llevó la palma entre los que al título de campeón aspiran. Gastó su cuantiosa fortuna para satisfacer aficiones excéntricas: invernáculos con plantas raras, teatros donde se representaban las comedias de Wilde con trajes y decoraciones que devoraban centenares de miles de dólares; lujosos trajes exóticos: indios, chinos, persas, cargados de oro y pedrería; además en una indumentaria a la europea que dejará eclipsada para mucho tiempo a la de todos sus émulo. Su ropero consistía en 227 trajes, 362 chalecos y 76 *smokings* y fraques, sin contar los trajes de mañana, de caza, de *yachting*, etc., corbatas a miles, bastones a centenares, verdaderas colecciones de calzado y sombreros. Seis ayudas de cámara estaban al cuidado de estas prendas; pero un día llegó la ruina y un año después, en 1904, murió el marqués en un rincón olvidado de la Riviera.

El príncipe de Sagán, cuyo monóculo, traje de levita gris y abundante cabellera, constituyeron el encanto de las elegantes de la tercera república, dominaba en el campo de la elegancia no solamente por su gusto refinado sino más aun por el encanto de su conversación. En ello tiene un digno sucesor en M. Andrés de Fouquières, quien asimismo no cultiva tan sólo el arte de la elegancia en el vestir, sino que ocupa también un puesto preferente entre la sociedad intelectual de la capital de Francia.

CONSEJOS ÚTILES

Una de las cosas que preocupan a muchos hombres, y especialmente a todas las mujeres, es el aumento de volumen, sobre todo cuando llega a proporciones desmedidas. Para remediar este defecto, o mejor dicho este exceso, se anuncian muchos remedios o procedimientos, algunos de ellos muy nocivos en sus resultados, puesto que sólo producen el adelgazamiento a expensas de la salud. Otros resultan completamente ineficaces, y sólo tienen una base racional aquellos que se fundan en un ejercicio moderado, en el masaje de las partes pingüedinosas o en una prudente dieta, evitando las substancias feculentas y todo lo que tienda a producir gordura.

Parece dar muy buenos resultados un aparato inventado en Alemania, que consiste en un sillón eléctrico con varias piezas que ponen en vibración los músculos o la parte del cuerpo que se quiere adelgazar, completando el procedimiento unos saquitos de arena que se colocan sobre dichas partes y cuyo peso contribuye, junto con la vibración, a reducir la parte grasa. Según la fuerza de las corrientes que se usan, el peso de los saquitos que se emplean y la duración del tratamiento, se ha llegado a reducir el peso de una persona de 200 a 300 gramos en una sola sesión.

Este método, para ser eficaz, requiere una estricta sujeción a una dieta moderada, de lo contrario se perderán sus beneficios con el exceso en las comidas.

Hay otro procedimiento mucho más sencillo y económico y que muchas personas han empleado con feliz éxito: consiste en abstenerse en absoluto de beber líquido alguno durante la comida y, pasadas dos o tres horas, ingerir toda el agua que se desee. Este tratamiento no sólo contribuye a reducir la grasa, sino que es además muy beneficioso para las digestiones.

LA MUJER Y EL HOGAR

A las jóvenes solteras que se lamentan de no tener novio, y a las madres que ven con pena cómo pasan los años sin que a sus hijas se les presente ocasión de cambiar de estado, podría hacerseles las siguientes preguntas: «¿qué hacéis para convencer a los hombres que les sería más ventajoso contraer enlace que vivir solteros? ¿Qué atractivos les ofrecéis

aparte de los personales de que os ha dotado la Naturaleza? Si de vosotras no ven más que el aspecto externo, vuestra afición a las modas, a las galas y atavíos, ¿cómo queréis que no consideren el matri-

tico para la vida que hacer bordados y labores de adorno? Doy por sentado que sois buenas y virtuosas; que cumplís estrictamente con vuestros deberes religiosos; que sois caritativas y fomentáis la mendi-

otras no es práctica, no es racional, es en extremo deficiente: se os enseña en la escuela y en el colegio algunas cosas que de nada os servirán después, y en cambio no aprendéis otras que os habrían de ser muy



5.-Delantales de fantasía para señora

monio como una empresa costosa que exige constantes dispendios, y cuyos beneficios y ventajas son hipotéticos o problemáticos? ¿Se preocupa alguna de vosotras con demostrar a vuestros amigos o conocidos que sois algo más que figulinas llenas de cintas, arrequives y perifollos, y que sabéis hacer algo más prác-

cidad dando limosna a los pordioseros de la calle, y hasta quiero suponer que no murmuráis de las amigas ni cortáis un sayo a las vecinas; pero ¿creéis que todo esto es suficiente para crear un hogar, hacerlo atractivo y lograr que en él perdure la felicidad?

No; la educación que recibe la mayoría de vos-

útiles y necesarias. Dice monsieur Beaufretón en un estudio sobre la mujer y el hogar:

«¿No aconseja la más elemental prudencia hacer de modo que nuestras hijas sepan, llegado el caso, hacer frente a la adversidad? Pues si atendemos a la clase media, que realiza sacrificios inauditos para

dotar a una hija con 30 o 40 mil francos, y sin embargo, no encuentra novio, ¿no será cierto que esta penuria de pretendientes obedece a que nuestras burguesitas, educadas como *grandes señoras*, son in-

ne de realizarlo. Otra cosa fuera si los padres educaran a sus hijas, como si más tarde no hubieran de tener otro capital que su personal valer, resultado al que, después de todo, habrá de llegarse algún día.

Y cita un caso observado por M. Paul de Rousiers en los Estados Unidos, que recomendamos, como ejemplo digno de seguir, a nuestras jóvenes lectoras. Eran seis señoritas del Estado de Ohio que mante-



6 a 10 —Blusas y trajes de novedad

capaces para arreglar, por sí solas, su casa, y lo más pingüe de la dote ha de servir para pagar criadas, modistas, costureras y planchadoras? Casarse con una burguesita tan presuntuosa como inhábil, constituye un mal negocio, y el joven prudente se abstie-

Cuando las jóvenes casaderas, reúnan a sus naturales encantos la ciencia práctica de la vida, no querrán saber los muchachos el capital que ellas tienen, sino lo que personalmente valen, y aquel día venturoso habrá cesado la huelga de pretendientes.»

nían relaciones con otros tantos muchachos de la localidad, y todas se habían hecho mutuamente las confidencias que en tales casos son de rigor entre buenas amigas. Todo marchaba a pedir de boca, pero aquellas hijas de Eva sentían cierta impaciencia



EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon Editores Barcelona.

ESTREÑIMIENTO SUPOSITORIOS CHAUMEL

para Adultos, y para Niños.
Infalibles; efecto producido en media hora.
FUMCUZE - PARIS, y en todas las Farmacias del Globo

*Solución Pautauberge, el
remedio más eficaz para curar enfer-
medades del pecho las toses recientes y
antiguas, las bronquitis crónicas.*

Ayuntamiento de Madrid



La "CRÈME SIMON", Es un
producto maravilloso para el
cuidado del rostro y su belleza.
— Polvo de arroz y jaboncillo
à la "Crème Simon".

PL. 1585

Reproduction Prohibida

XXIX-N° 801

eston DROUET, Editeur Paris



por alcanzar la victoria, y resolvieron precipitar el triunfo por medio de un golpe de audacia que demostrara prácticamente a sus prometidos lo capaces que eran de dirigir una casa. Al efecto, y después de

los seis jóvenes a la hora señalada, viéndose recibidos por seis corteses cocineras que ostentaban la indumentaria propia del oficio, y que después de haberles hecho inspeccionar las hornillas y presenciar

dicho Estado de Ohio seis nuevos matrimonios.»

Nos parece este procedimiento mucho más práctico, aunque menos romántico, al de estarse una niña asomada al balcón expuesta a coger un catarro o



11 a 15.—Trajes y blusas elegantes

haber obtenido y para un día determinado la libre disposición de la casa de una amiga, enviaron seis invitaciones para un almuerzo que debían ellas preparar y servir con sus propias manos.

Exactos a una cita tan halagüeña, presentáronse

la confección de las viandas para desvanecer toda sospecha de engaño, les hicieron sentar a una mesa admirablemente dispuesta, sirviéndoles el succulento almuerzo por ellas mismas preparado.

Algunas semanas más tarde celebrábanse en el

o una pulmonía, mientras el pretendiente se pasea por la calle haciendo el oso. No se comprende cómo una mujer discreta pueda tener buen concepto de un hombre que pierda el tiempo de una manera tan lastimosa.

La huérfana de Dordrecht

NOVELA DE

M. FILIBERTO DE AUDEBAND

(Continuación)

Como es de pensar el capitán de la guardia cívica no era el último en dar pruebas de la robustez de sus pulmones. Según su costumbre, su voz sobresalía sobre las de todos los demás. Interpelando directamente a Witt como si éste hubiese estado asomado a la ventana del torreón, y como si hubiese podido oírle, le decía:

—¡Intendente de la bailía de Putten, alma vendida al rey de Francia, escucha bien lo que te digo!... ¡Tanto si los jueces te absuelven, como si te condenan, tardarás muy poco en morir!..

—¡Sí, sí, tardarás muy poco en morir!.. repetía el populacho.

—Mientras llega ese hermoso día, que será el más alegre para Holanda, diviértete en sudar sangre y agua como te está sucediendo ahora en la tortura.

—¡Suda, suda sangre y agua en la tortura!, repetían las masas siempre fieles a su papel de eco inexorable del que sabe conmoverlas.

Y viendo que las cosas no podían pasar más adelante, al menos por aquel día, los grupos comenzaban a diseminarse, retirándose cada cual en distinta dirección. Cubierto de sudor, rabioso y sin poder tenerse en pie de cansado, el platero permanecía aún en su puesto; pero cualquiera que se hubiese acercado a él, le hubiera oído decir en el paroxismo de su extravío:

—«Sufre mil tormentos en manos del verdugo. — Le arrancan las uñas con tenazas de fuego; pero Dios sabe quién sufre más, si él o yo.»

En seguida añadía:

—Lidia me ha despreciado, mi conciencia me maldice; he perdido la cabeza. No importa, ¡es preciso que mueran los Witt, y juro que morirán!..

V

LA TORTURA

Nada había de exagerado en cuanto Veroef había dicho respecto a lo que Cornelio Witt estaba sufriendo. En efecto, en aquel torreón, debajo del cual estaba aullando el populacho, se hallaba la pieza destinada a dar tormento a los reos. Era ésta una sala ovalada, iluminada por una sola claraboya y cuyas negras paredes chorreaban humedad por todas partes. Véanse clavadas de trecho en trecho, tanto en las paredes como en el pavimento de aquel remedo del infierno, una porción de argollas de hierro, destinadas a servir para aquellos actos de barbarie y de crueldad, que en el día parece imposible hayan podido caber en corazones humanos. La vista se detenía horrorizada en un brasero encendido que había en medio de la pieza, en un potro y en otros varios instrumentos de igual naturaleza que estaban esparcidos confusamente por el suelo.

Eran las once de la mañana; el cielo estaba despejado y hacía un sol hermosísimo. La luz, que como ya hemos dicho entraba por lo alto, disminuía aún por una vidriera, arrojaba sobre la terrible escena que vamos a describir cierto colorido sombrío y vigoroso a un mismo tiempo, cierta mezcla de luz y de sombras, que hubiese envidiado el pincel del mismo Rembrandt. Los gritos furiosos del pueblo que se hallaba al pie del torreón, formaban un singular y siniestro contraste con el fúnebre y solemne silencio que reinaba en lo más elevado del edificio.

En la pieza de que tratamos, estaban reunidas diez personas. En primer lugar los tres jueces comisionados, vestidos de negro, de pie y con la cabeza cubierta con un birrete del mismo color que la toga. Debajo de la ventana y al lado de estos magistrados, el escribano de cámara, vestido también de negro, y con una rodilla en tierra estaba dispuesto a escribir, apoyándose en la otra, todas las respuestas del paciente. Un poco separados de este grupo, se hallaban los dos acusadores: Guillermo Tychelaer y el regi-

dor Van-Beuning. El verdugo y su ayudante, con unos grandes delantales de cuero, estaban ocupados en arreglar los instrumentos del martirio sobre una mesa de encina maciza y un tanto inclinada. En fin, sobre esta misma mesa se veía atado con fuertes cordeles a Cornelio Witt, gran bailío de Putten.

Cerca de dos siglos han transcurrido desde que un país civilizado dió el lamentable espectáculo de un gran dignatario puesto a cuestión de tormento como el más despreciable bandido, y apenas se atreve nuestra pluma a estampar el nombre de los instrumentos de que se sirvieron sus verdugos para hacerle confesar un crimen que no había cometido. Abolida desde entonces la tortura por Luis XV, no ha vuelto a aparecer en Europa en los tiempos modernos; pero es preciso resolverse a decir en qué consistía aquélla, en la época de que vamos hablando. Armémonos, pues, de valor para bosquejar tan repugnante cuadro.

Una hora hacía ya que el gran bailío estaba atado de pies y piernas, sufriendo la incomodidad que es consiguiente en la postura que tenía, que era estar sentado. De medio cuerpo arriba estaba completamente desnudo, de medio cuerpo abajo no se le había quitado ninguna prenda de las que llevaba habitualmente. Las manos y las muñecas de Cornelio Witt desaparecían bajo un aparato compuesto de tres tablas guarnecidas de planchas de plomo. Lo primero que había hecho el verdugo era poner una de éstas entre las dos muñecas del paciente; después se las había unido y puesto las otras dos tablillas sobre la parte exterior de las muñecas, una sobre cada una de ellas. Sujeta aquella especie de cuñas por unas visagras de hierro que podían apretarse a discreción por medio de unos tornillos propios al intento, era posible llegar a triturar las muñecas del infeliz paciente. En este estado empezó el interrogatorio siguiendo las fórmulas de estilo.

—Juro por los Santos Evangelios, dijo Guillermo Tychelaer, que Cornelio de Witt aquí presente me ha hecho proposiciones para envenenar a Guillermo Enrique III, príncipe de Orange, hijo adoptivo de la República en la época a que me refiero, y en el día Estatúder y almirante general de las Provincias Unidas.

—¡Acusado!... dijo uno de los jueces, ¿habéis oído lo que este testigo acaba de declarar?

En este instante, y obedeciendo a una señal del mismo magistrado, el verdugo que había apretado fuertemente los tornillos de que hemos hablado, se paró. El ayudante del verdugo sostenía las manos del paciente que se apoyaba sobre él, y el escribano impasible miraba a contraluz si la pluma estaba bien mojada en tinta y en disposición de poder escribir con ella. El rostro de Cornelio tenía en aquel momento toda la sublimidad de los mártires ante sus tiranos. El ardor de la calentura que le devoraba había dado un color ligero de rosa a sus mejillas habitualmente pálidas. Su mirada, grave, tranquila y fría, parecía desafiar al agudo dolor que acababa de sufrir.

—¡Cornelio de Witt!, repitió el juez: ya acabáis de oír la deposición de Guillermo Tychelaer: ¿os obstináis aún en negar?

—Nada tengo que negar ni conceder en una cosa que es enteramente falsa, contestó el bailío con estoica calma y con toda la dignidad propia de un magistrado probo y de una conducta irreprochable.

—Mirad lo que hacéis. El testigo que os acusa, y que está aquí presente, jura sobre los Santos Evangelios que su dicho es cierto.

—Ese hombre comete a un mismo tiempo un sacrilegio y una infamia. Consultad su vida pasada, ¿Ha titubeado jamás en calumniar a todo el mundo, con tal que haya convenido así a sus intereses?...

—La vida pasada del testigo nada tiene que ver con la acusación presente, contestó el juez.

—Entonces, nada tengo que decir, replicó el acusado.

—¿Es decir que persistís en negar que hayáis tenido el execrable designio de envenenar a S. A. el príncipe de Orange, Estatúder de las Provincias Unidas, capitán general de los ejércitos de tierra y gran almirante de la armada?...

Cornelio de Witt había combatido lealmente a la casa de Orange, y de acuerdo con su hermano Juan,

había hecho adoptar por los Estados Generales la ley de que hemos hecho mérito, y en virtud de la cual ningún individuo de la casa de Orange podía hallarse jamás al frente de Holanda. Así es que aquella pomposa enumeración de los títulos del príncipe le hizo sonreírse amargamente, y responder al juez:

—¡Caballero!, si yo hubiese tenido intención de envenenar a S. A., al menos no me hubiera faltado la energía del crimen. Podéis estar cierto de que en semejante caso no me hubiera valido de nadie para salir adelante con mi intento.

—¡Acusado!... por vuestro propio interés os aconsejo que reflexionéis bien lo que os conviene hacer en este negocio. Aun no hemos agotado todos los medios de haceros padecer. Nos quedan todavía muchos y muy terribles para obligaros a confesar vuestro abominable crimen.

—Dios me oye, contestó el gran bailío, y su ojo, que penetra hasta en los pliegues más recónditos del corazón del hombre, está viendo el mío en este momento. Vosotros podéis muy bien hacerme tajadas, pero jamás me obligaréis a confesar una cosa en la cual ni siquiera he pensado.

—¿Es decir que por tercera vez os negáis a confesar?

—Es decir que repito por tercera vez que nada tengo que confesar.

A esta orden del magistrado, el ejecutor de la justicia empezó a apretar de nuevo el tornillo de presión. Para que el dolor fuese más agudo, a proporción que el verdugo iba apretando, su ayudante pasaba y repasaba por detrás de Cornelio Witt, sin soltarle por eso las manos, dando de este modo a las articulaciones de la muñeca crueles sacudidas. Este martirio era tan atroz, que hizo que el gran bailío doblase el cuerpo quedando casi exánime. Púsose pálido como un difunto, sus labios se contrajeron de un modo horroroso, cerró los ojos, y un movimiento convulsivo agitó sus hinchados párpados.

—¿Está agonizando?, preguntó a media voz uno de los jueces, horrorizado de tanta crueldad.

—Todavía no, respondió el verdugo; sufre una sensación desagradable y nada más... ¡Oh! ¡podéis creerme que estoy muy práctico en esto!, añadió aquel hombre feroz, con cierta especie de orgullo.

Entonces hubo un momento de solemne silencio.

Este fué interrumpido por un aullido prolongado de la chusma que estaba debajo del torreón, y que mientras el paciente sufría horribles tormentos, gritaba frenéticamente: ¡Mueran los Witt!... ¡Mueran el partido francés!... Cornelio, que estaba aletargado en fuerza del dolor intenso que sufría, levantó de pronto la cabeza con ojos centellantes; después, por un esfuerzo desesperado de la parte moral sobre la física, por uno de esos arranques incomprensibles del alma, que pueden hacerla desprenderse por un momento de los abrazos materiales del cuerpo, el gran bailío, abandonando sus manos a los verdugos, que apretaron de nuevo los tornillos, dirigió al cielo una mirada, cuya expresión es imposible describir.

Volviendo al mismo tiempo hacia la ventana su noble rostro, que resplandecía iluminado y sereno, como si nada pasara por aquel grande hombre, se puso a recitar con voz varonil aquellos versos de Horacio, tan conocidos en el mundo literario:

*Justum et tenacem propositi virum
Non civium ardor prava juvenitum,
Non vultus instantis tyranni
Mente quatit solida (1).*

Doble alusión a la violencia humana de los jueces y al furor de la turba insensata enconada contra él.

Esta escena era terrible para todos cuantos la presenciaban; jueces, verdugos y acusadores, todos estaban horrorizados.

A estos acentos inspirados, cuyo sentido penetraba sin comprenderlo, el verdugo se paró de repente; los magistrados se miraron unos a otros, como asombrados de su propia iniquidad; todo el horror absurdo de aquella causa se ofreció a su vista de un golpe cuando reflexionaron en que por una simple acusación de un miserable barbero, que había sufrido

(1) Al varón justo y constante en su opinión, no le arredra ni la exaltación de los ciudadanos que mandan cosas malas, ni aun la presencia del tirano.

cien penas infamatorias, hacían torturar a uno de los ciudadanos más recomendables del Estado, a un hombre que lo había gobernado, si no con suerte, al menos con honor; a un hombre, en fin, vástago de una ilustre familia, al cual no podía echársele en cara otra cosa que no ser amigo de la casa de Orange. Pero el nuevo Estatúder no era extraño a este acto de barbarie, aun cuando no estuviese allí presente. Si la acusación no estaba firmada por él, quizá se había promovido por consejo suyo. Viles mercenarios, aquellos jueces, que el día anterior se arrastraban ante los Witt, no vacilaron en obrar contra su conciencia y en beneficio de sus intereses materiales.

—¡Fuera, dijeron entre sí, una compasión que puede sernos perjudicial!...

Desde aquel momento, por una contradicción inherente a la humana flaqueza, se irritaron más y más contra el objeto de su crueldad, y aumentando el horror de sus tormentos, quisieron por decirlo así, hacer más verosímil el crimen que se imputaba a aquel hombre inocente.

En aquel momento fué cuando uno de aquellos jueces, sordo enteramente a los gritos de su conciencia, dió al verdugo la bárbara orden siguiente:

—¡Preparad la mecha azufrada!... quizá confesará de este modo.

—En efecto, dijo el verdugo, es un expediente que suele producir muy buenos efectos alguna que otra vez.

Al decir esto, cogió la mecha, la encendió en el braserillo de que hemos hablado antes y se dispuso a aplicarla a las magulladas muñecas del paciente.

—¡Acusado!... dijo otro de los jueces, por cuarta vez os pregunto si tenéis algo que confesar.

—Nada absolutamente, contestó Cornelio.

—Os advierto que el dolor que vais a sufrir en esta nueva prueba es insoportable.

—¡Caballero!... en esta hora suprema no se trata de la mayor o menor intensidad de los dolores, sino de decir la verdad. Si Dios permite que sucumba, moriré, pero no mancharé mi memoria con una confesión que, caso de hacerla, más bien que bajeza sería un crimen.

—Tranquilizaos un poco, acusado, y decidid por última vez si tratáis de confesar o no.

—¡Señor juez!..., por última vez os digo que no me molestéis con preguntas inútiles. Inocente del crimen que se me imputa nada tengo que confesar. En cuanto a los tormentos, obrad como os acomode...; mi cuerpo está en vuestras manos.

Estas últimas palabras hicieron estremecer a aquellos inicuos jueces. Sin embargo, uno de ellos dijo:

—Puesto que no nos es posible vencer tanta obstinación por los medios empleados hasta aquí, pasemos a otros. ¡Ejecutor!... ¡cumplid con vuestro deber!...

El verdugo obedeció aplicando inmediatamente la mecha encendida a las manos de Cornelio de Witt.

Este dolor era en efecto insoportable, como había dicho antes uno de aquellos malvados; el paciente dió una sacudida horrorosa, pero el brazo vigoroso del ayudante del verdugo le sujetó de modo que no pudo moverse más. Entonces se le volvió a aplicar la mecha; y el gran bailío, vencido por el dolor, dió un grito horroroso.

—Os es imposible sostener por más tiempo una lucha de esta naturaleza, dijeron a un mismo tiempo los tres jueces. ¡Cuánto mejor hubiese sido para vos confesar la verdad desde luego!...

Cornelio, impávido, a pesar de sufrir horriblemente, clavó en ellos la vista, sin responderles palabra.

—¡Confesad, acusado!, ¡confesad de una vez!... volvieron a repetir los miembros de aquel inexorable tribunal.

Pero había llegado ya el caso de que al gran bailío le faltasen enteramente las fuerzas. Toda la energía de aquella grande alma no fué suficiente para que continuase con el valor estoico que había manifestado desde un principio a pesar de la atrocidad de los suplicios. La tercera vez que le aplicaron la mecha encendida a las muñecas, dió un agudo y dolorosísimo gemido, y desmayándose al mismo tiempo, dejó caer la cabeza sobre el pecho, exclamando:

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

El escribano dió fe entonces de que el paciente había perdido el conocimiento, por no poder sufrir por más tiempo los dolores de la tortura; pero no pudo estampar en el papel ninguna respuesta por la cual quedase probado el crimen de Cornelio.

El interrogatorio no se dió, sin embargo, por concluido. Uno de los jueces continuó haciendo preguntas al gran bailío, que, no sólo no respondió, sino que ni siquiera pudo oír lo que aquel hombre feroz le preguntaba, pues el dolor le había privado de todo sentido. Por consiguiente, el magistrado, que no tenía otro objeto que el de probar, con justicia o sin ella, que Cornelio de Witt era culpable del delito de que era acusado:

—¡Escribano!, dijo, callar es sinónimo de confesar. Dad fe de que el gran bailío ha confesado su crimen.

Dicho esto se levantó la sesión.

IV

UN AMIGO

A los cuatro días de lo que acabamos de referir, la ciudad de La Haya era presa de otra nueva asonada. El 20 de agosto era el día destinado para pronunciar la sentencia contra Cornelio de Witt, leerla en la cárcel y publicarla en seguida a son de trompeta por toda la ciudad. A despecho de los jueces, como no habían podido hallar pruebas suficientes contra el acusado, no podían, por más que quisiesen, sentenciarle a pena capital. En todos los corrillos se hablaba ya públicamente de que el gran bailío no sufriría otra pena que la de destierro perpetuo. Para los alborotadores este castigo no era suficiente, pues mientras los de Witt quedasen con vida habían de ser siempre un obstáculo insuperable para las dos facciones que habían jurado su muerte. Así es que desde muy de mañana todas las avenidas de la cárcel estaban ocupadas por aquel mismo populacho, a quien ya hemos oído dar tantos ¡muera! no hace muchos días.

Aquellos grupos manifestaban intenciones tan hostiles, que los Estados Generales dieron orden al conde de Tilly, capitán general de las tropas de La Haya, de montar a caballo y cercar con su gente la cárcel.

El conde de Tilly era todavía joven. A ninguno de sus oficiales le sentaba la coraza mejor que a él. Soldado desde su niñez, veíase por debajo de su sombrero una enorme cuchillada que había recibido en la frente, en el sitio de Maëstricht, cicatriz gloriosa que realzaba la nobleza del rostro del denodado guerrero. Si su valor era encomiado por todo el mundo, no se hablaba menos de la finura de sus modales, finura comparable únicamente a la de los caballeros de la corte de Versalles, la más elegante de aquella época. Las vicisitudes de los tiempos habían sido causa de que aquellas brillantes prendas no luciesen con el debido esplendor, y el conde se había visto reducido a tener que servir en Holanda, procurando por su parte apaciguar en cuanto de él dependía las continuas discordias que la tenían dividida en partidos.

—¡Capitán!... le dijo uno de sus tenientes con rostro casi alegre, según parece, hoy tendremos ocasión de sacar a relucir los aceros.

—Obligación harta triste, caballero, replicó el conde con tono severo. No olvidéis que siempre es muy sensible que un soldado tenga que hacer uso de sus armas contra sus mismos conciudadanos.

En este momento una piedra salida de uno de los grupos y envuelta en un papel pasó rasando el rostro del capitán y fué a caer a los pies de su caballo. El conde echó pie a tierra y cogió aquel papel, del cual salía un olor de almizcle bastante fuerte.

—¿Qué significa esto?, dijo el conde a media voz.

—¡Pardiez! que no es muy difícil de adivinar, contestó el teniente que estaba aún al lado del conde: eso es sin duda alguna cartita amorosa, la declaración de alguna ninfa a quien vuestra soberbia pluma de color de naranja ha hecho perder el juicio, y que seguramente estará penando por vos.

—¡Callad, caballero!, contestó el conde. Habéis hablado dos veces en poco tiempo, y me permiti-

réis que os diga que las dos ha sido para decir desatinos. En ocasiones como la en que nos encontramos, pega muy mal el echarla de gracioso.

Dicho esto volvió a montar a caballo y se retiró un poco de aquel sitio para poder leer la carta sin testigos de vista. ¿De quién podía ser este billete? El conde discurría interiormente si su segundo podría haber acertado en su juicio, y una emoción que él mismo no sabía a qué atribuir, hacía que su corazón palpitase con más fuerza que si se hallase al principio de una batalla. En el papel satinado que tenía en sus manos se veía una letra fina, suelta y elegante que revelaba a tiro de ballesta que había sido firmada por mano de mujer. El conde recorrió rápidamente con la vista aquellos renglones, persuadido de que al final de ellos hallaría una firma conocida; pero sólo vió dos palabras que no hicieron sino aumentar su confusión: la firma decía únicamente. *La huérfana de Dordrecht*.

Pasóse el conde la mano por la frente como un hombre que trata de evocar algún recuerdo o que se esfuerza para comprender una cosa, sin poder lograrlo por más que haga:

—¿Qué diablos significa esto?, volvió a repetir medio enfadado consigo mismo, por lo que él creía ser torpeza suya y nada más.

Como su memoria no le descubría nada que pudiese tener relación con aquellas dos palabras:

—Veamos, dijo, leyendo el billete, comprenderé seguramente lo que hasta ahora no me ha sido posible entender.

Entonces arrojó la piedra que aun tenía en la mano y leyó lo que sigue:

«Señor conde:

»Una amiga de los Witt, que admira vuestra heroica conducta, cree deber daros un buen consejo. »Según todas las probabilidades, el día de hoy va a »ser terrible, y en él se pondrá vuestro valor a prueba más de una vez. Dentro de breves instantes los »sediciosos, envalentonados cada día más por la »inacción de los Estados Generales, tratarán de forzar las puertas de la cárcel; os advierto, para cuando llegue ese caso, que debéis desconfiar más de »la compañía de la bandera azul que del populacho, »que la sigue sin saber lo que se hace.

»Suceda lo que quiera, permitidme, señor conde, »que os agradezca en el fondo de mi corazón todo »cuanto estáis haciendo por mantener el respeto a »la ley y por salvar a dos hombres que ilustran a »Holanda con sus virtudes.—*La huérfana de Dordrecht*»

—¡Muy bien!... dijo el capitán; he aquí unos sentimientos muy bellos; pero maldito si comprendo bien todo esto. Sin embargo, la persona que me escribe parece estar muy segura de lo que dice. De todos modos hay en esta carta un consejo que yo no debo desperdiciar.

Dichas estas palabras, se metió el billete en el bolsillo, y empezó a organizar sus medios de defensa.

—¡Señores!... gritó de repente a sus subalternos; dad orden de cargar inmediatamente las armas.

(Continuará)

RECETAS CULINARIAS

Besugo escabechado

Se empieza limpiando y preparando los peces convenientemente y se deja airear por espacio de veinticuatro horas, ya sea en una fuente después de despedazado, ya sea entero y colgado a la sombra de un sitio bien ventilado. Después se fríe con aceite en una sartén hasta que esté dorado. A este mismo aceite se le mezcla cuatro partes de agua y tres de vinagre, unas hojas de laurel y tres o cuatro rajadas de limón. Se echa en una olla y se tapa bien; a los ocho o diez días ya estará bastante sazonado.

Cangrejos a la italiana

Tómense los cangrejos necesarios, y después de cocidos cólquense con simetría en un plato, sobre una mezcla de higadillos picados con perejil, sal, cebolla, pimienta, tocino rallado y hierbas finas, dos yemas de huevo y miga de pan; poned los cangrejos sobre esta masa, con las colas entre sus patas y cubridlos con el residuo de ella; así deben ponerse un rato al fuego manso, y cuando estén en punto se echa encima una salsa blanca con jugo de limón.

AGUA RADIUM

PARA TEÑIR EL PELO AL MOMENTO. UNA SÓLA APLICACIÓN

La más sencilla, la más rápida, la más eficaz, la más práctica,
la más permanente, la más higiénica de todas las tinturas conocidas.

PROBARLA, ES IGUAL QUE ADOPTARLA

Pídase en establecimientos acreditados. Exíjase el nombre **RADIUM** y el de los inventores CORTÉS HERMANOS. — BARCELONA

AVISO A LAS SENORAS

EL APIOL DE LOS RES
JORET HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ia} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS París

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARFILLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS B^e St-Denis, 48

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE

Curadas por el
El mas activo y economico, el unico inalterable. — Exidre Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

Arquitectura, Pintura, Escultura,
Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,
Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER-LYTTON

Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

Lavando la ropa blanca
con la primitiva Lejía
líquida marca

CONEJO

embotellada
se consigue limpieza
blancura y desinfección

REHUSAR LAS BOTE-
LLAS DESTAPADAS

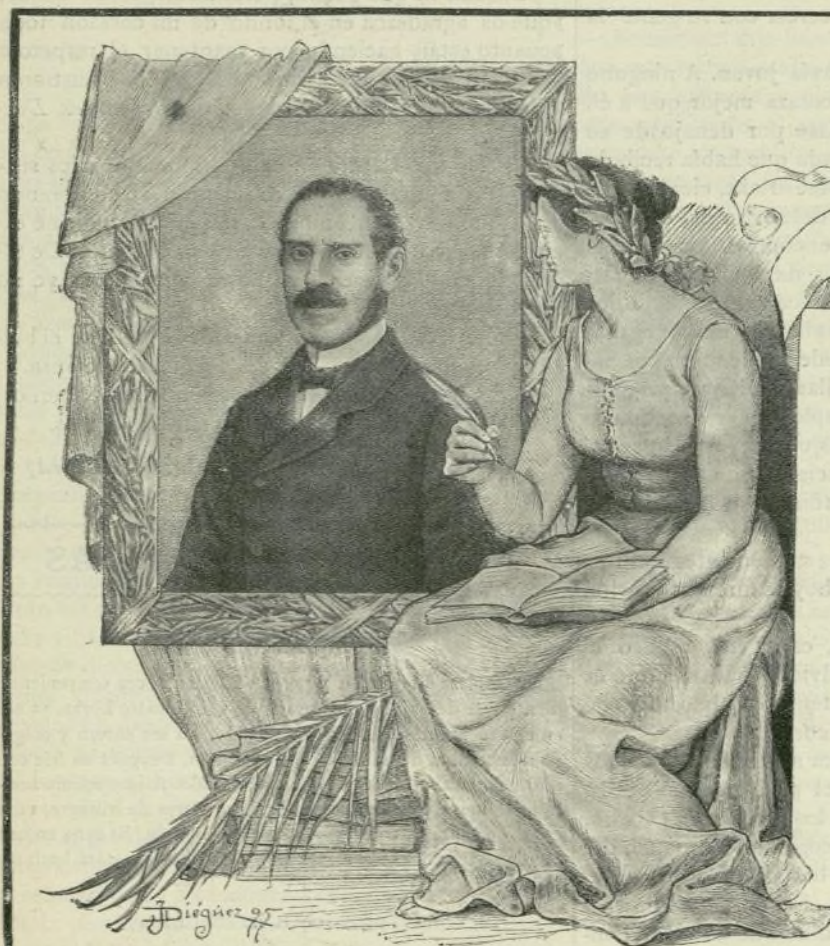
ANEMIA

DEBILIDAD NEURASTENIA TISIS
Todos los Medicos proclaman que

el VINO y el JARABE **DESCHIENS** (PARIS)

á la Hemoglobina

CURAN SIEMPRE



Historia General de España

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

por D. MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS POR D. JUAN VALERA

CON LA COLABORACIÓN DE

D. A. BORREGO Y D. A. PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 3.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española. — Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas — Su precio **310** pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, a **5** pesetas uno.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN